

El autobús de las 20:36

El autobús de las 20:36, desde el centro de la ciudad hasta el barrio residencial de la periferia donde vivo, toma una ruta diferente al autobús anterior, de las 19:36, o al posterior, de las 21:18, que son los que suelo coger. Esta legendaria ruta, solo usable los días en los que consigo escaparme de clase algo antes de la hora habitual, hace un largo recorrido a través de los suburbios, elevados con respecto a la ciudad, y presenta a las pocas personas que lo usan la que considero que es la mejor vista de toda la ciudad.

Es un momento corto, menos de un minuto, si no me equivoco. Ninguna foto puede hacerle justicia, por lo que la única manera de experimentarlo es cogiendo el autobús de las 20:36.

Los días que tengo la suerte de poder pillarlo, me preparo con atención. Me instalo en el penúltimo asiento, lado derecho, donde normalmente las luces del techo no están encendidas y no imprimen reflejos en el cristal. Elijo con cautela la música que voy a escuchar, calculando tiempos y encajando las mejores canciones en el momento estrella. Me preparo, en definitiva, para el mejor momento del día.

El autobús va poco a poco abandonando la ciudad y serpenteando entre calles y rotondas hasta que se empiezan a ver algunas luces, allá en la distancia, en los huecos entre las casas. Sin previo aviso, el autobús coge una curva y de repente la ciudad entera se presenta a mis pies.

Me quita el aliento, cada vez que pasa. Se ven todas las luces, las calles delimitadas por farolas, el único rascacielos punteando las nubes, los grandes monumentos cobrando protagonismo. Los coches, como hormigas moviéndose, el humo de las chimeneas, los aviones, despegando y aterrizando en la distancia.

La posibilidad de ver este panorama, de quedarme sinceramente impresionado cada vez, de mi corazón dar un pequeño salto cuando aparece, el presionar mi nariz al cristal para absorberlo todo con los ojos, escuchando la mejor música que tengo para elevar el momento, es una de las cosas que más anticipo durante el día.

Me da esperanza, si te lo puedes creer. Un propósito sincero de ser mejor. El objetivo de ser tan luminoso en mi vida como la ciudad es por la noche. Un sentimiento de que todo va a salir bien, de que la vida es increíble y el mundo un lugar lleno de maravillas por descubrir. La certeza de que la felicidad se puede encontrar.

Y es éste gran impulso el que me mueve en mi vida, hasta que pueda coger de nuevo el autobús de las 20:36.

Kinami